

Incendio y otros cuentos

De José Luis Cáceres

Incendio

|

Una vez extinguidas las llamas, una desconcertada brisa apareció para verificar que todo se había venido abajo. La tranquilidad de Julio tenía intranquilos a todos los que solían frecuentarlo. Y como dicen las señoras de buena crianza ¿Quién es amigo de un hombre que superada la cuarentena, no piensa en dejar descendencia?

Fue una extraña brisa la que se asomó y rápidamente desapareció como una presencia que anda rondando en un lugar que ha conocido en alguna de sus vidas, y que ahora, yace hundido en la desgracia. ¿Qué fue lo que realmente sucedió? ¿Habrá terceros involucrados? ¿Fue un accidente o esas llamas fueron pensadas? ¿Por Julio? ¿Por qué habría de incendiar su casa?

Su calma también era extraña. Ninguna expresión de dolor o incertidumbre. Es verdad que no todos se toman del mismo modo las tragedias; unos entran como en un trance nervioso, otros se derrumban en el dolor o están los que ni se inmutan, y están también los que nunca han tenido tragedias, esos son sospechosos. Quizá eso pasaba con Julio: nunca había presenciado una tragedia, así como un gran dolor, una pérdida. Sus padres habían muerto cuando él era tan solo un niño de menos de un año, así que no había pasado por la experiencia violenta de la muerte de algún pariente o alguien cercano, presentido sí, eso lo vuelve todo más complejo.

Los que lo conocían dicen que nunca lo vieron con una mujer o con otro hombre, amigos tampoco tenía muchos, sin embargo, últimamente solía ser más sociable y pasaba tardes enteras en el bar del pueblo y de pronto, empezó a recibir visitas en su casa. En el pueblo se rumoreaba que este grupo de hombres era parte de una secta o que al menos tramaban algo. Nunca se supo por qué en las últimas reuniones había llegado una patrulla de carabineros y no precisamente a vigilar.

Los asistentes a estas veladas nocturnas eran pescadores jubilados, y no porque la edad los hiciera jubilar, sino porque ciertas leyes que se dictaron en ciertos gobiernos, apoyadas por ciertos legisladores de ambos sectores, “progresistas” y conservadores, los llevaron a una jubilación forzada.

El Loco Hugo, el Caretablón, el Coloro, el Pescado Nervioso y el Corvina González. Podríamos pensar que todos estos seres son personajes escindidos de la realidad, lejanos de los tentáculos que determinan qué es realidad y qué ficción. El tiempo y los acontecimientos tienen de lo uno y de lo otro, ficción en cuanto a sujeto imaginado, situación imaginada, pero, ¿Podría ocurrir en la realidad? Podría, sí, podría, pensó Julio. La realidad se compone de muchas ficciones o bien, muchas ficciones podrían terminar siendo una realidad.

El Corvina González se había logrado comprar su chalupa o chalupón parece que se le llama. Tenía su licencia al día, pero durante la tarde recibió una nueva licencia que indicaba que desde ese mismo momento, él seguiría siendo pescador

artesanal, no obstante: “no habilita para efectuar actividad pesquera” indica la nueva licencia. Quedó como el Corvina González ya que su chalupón –con todas sus patentes al día, nada trucho- estaba destinado a traer corvinas a la caleta. El Corvina González había sido buzo mariscador y siempre soñó con tener su propia embarcación para pasar de los choros y los locos, a las corvinas, pero el destino tenía preparado un nuevo giro de la trama.

El Pescado Nervioso se convirtió en una celebridad luego que un día –Pese a todo pronóstico y en medio de una feroz tormenta que amenazaba con diluvio- se adentró en la mar, ya que tenía que cumplir una manda que había hecho a San Pedro por salvar la vida de su pequeña hija de un extraño mal que la aquejaba, mal que por lo demás no tenía ningún tipo de cobertura en nuestro sistema de salud.

Además de cumplir con su manda el día convenido con el patrono de los pescadores, sorprendió con un tiburón que cazó, pese a nunca haberse visto tiburones en la zona.

-Debe haber sido un tiburón cachorro que se extravió, me trató de dar vuelta la chalupa, así que a palos tuve que reducirlo, y cuando lo tenía medio aturdido le di la estocada final con el arpón. Primero pensé en no venderlo pero la oferta del restaurant de la caleta fue más tentadora que la proeza y el enorme pescado quedó eternizado a la entrada del local.

El Coloro era un buen contador de historias, le costaba mantenerse quieto, y qué decir callado, no se callaba nunca el infeliz, de hecho, cuando estaban en altamar, sus compañeros inventaban técnicas para silenciarlo. Al principio era entretenido, pero para los hombres de mar es necesario, imperioso podría decirse, el silencio. Ellos le aguantaban pero cuando se ponía a contar mentiras, que además de ser su fuerte, siempre terminaba siendo su debilidad. Alguna vez se le ocurrió contar la más grande de las mentiras: supongamos que encontró un tesoro ¿Habría donado el contenido para salvar a los niños del SENAME? ¿Cuál de las dos será más falsa, si realmente encontró un tesoro, o si lo donó a tan sospechosa institución? ¿La fortuna y la bondad o la mentira y la locura? ¿Locura? ¿De dónde apareció la locura?

El Pescado Nervioso nunca dormía, dicen que por los nervios no duerme. Teme dormir y no volver a despertar. Según él estaba pedido. Después del infarto dejó el trago y casi todas las cosas que en algún momento disfrutó hasta entonces. Esa fue la primera muerte. El Pescado Nervioso era como se dice en la jerga culinaria: un sibarita, gustaba de la buena mesa, sobre todo cuando los productos no eran precisamente del mar. Se había aburrido de machacar locos, o de irrumpir en los piures, esos seres pedregosos que te quitan la caña. Esto de hervir vivas a las jaibas también le empezó a ocasionar conflictos. Era un ávido lector, por eso se enojaba cuando el Coloro se ponía a contar mentiras, encontraba que era tan buen contador de historias, que le cargaba cuando entraba en terrenos tan inventados, para él, los narradores eran seres honestos, almas descriptivas, es

decir, observadores, y veía que el Coloro no observaba ni escuchaba, hablaba nomás como si le fueran a comer la lengua.

Suele decirse que los pescadores ven cosas en el mar, ¿Serán alucinaciones, desvaríos, soledad, vacío? Por lo general, cuando regresan a tierra firme están callados, menos el Coloro, que aunque nadie lo escuche igual reclama. ¿Te ha pasado que a veces estás en los lugares sin estar verdaderamente? Eso le empezó a pasar al Pescado Nervioso antes del infarto, ya no se sentía en el mar, ¿Habría intuido lo que se venía? Esa ley famosa que los despojaba de sus territorios; sus oficios, sustentos, su piel incluso, la pesca artesanal, ese arte que amenazaba con su extinción.

En las costas del país empezó a correr el rumor, la voz se fue quedando sin voz, un mordisco en el alma. Pasaron por distintas etapas, primero se sintieron como piures, así como encarcelados dentro de una roca, como Segismundo al despertar a la condena. Después vino el modo pulpo: ante la amenaza se activa un líquido venenoso que deja como enceguecidos a los depredadores. ¿Quiénes son los que depredan? Ellos se saben depredadores, saben que tienen que matar para vivir, lo mismo que los matarifes frente al ganado. El Coloro contaba que antes había sido matarife, ¿Será verdad? Decía que trabaja en el barrio Franklin, quizá qué pitutos hacía, y quién sabe cómo llegó al matadero. Nosotros tenemos palabras para todo, pitutos, pololos, pinches, frases como a medio morir saltando, fue por lana y salió trasquilado, más viejo que el hilo negro, más sabe el diablo por viejo que por diablo, más vale pájaro en mano que cien volando...

II

El informe forense indicaba que todas las evidencias dejaban en claro que había atentado con su propia vida. ¿Quién? ¿Otro más? Ya van 17 suicidados. El primero había generado cierto revuelo, ya que la carta que dejó, llegó hasta el mismísimo presidente de la república ¿La habrá leído? Se preguntaban en la caleta.

-Obvio que no, si es más hueón que la cresta.

-Qué va ser hueón, dos veces presidente, multimillonario, ¿Es necesario que siga?

27 de mayo, Mancera 2012

Su excelencia

Señor presidente de la República de Chile

Soy un hombre de mar, bueno, lo era, hasta que se promulgo la famosa ley. Con mucho esfuerzo y ya avanzada la edad, me había comprado una chalupa. Se llamaba Victoria. Claro que uno es aturdido. Cuando pude hacer la transa, ya estaba en trámite la ley, el tiempo pasó como un soplido y no nos dimos ni cuenta cuando ya se había puesto en marcha. De haber sabido no me compro ninguna chalupa, le dejo una casa a mi señora para que pueda tener donde caerse muerta. Los hijos son mal agradecidos, no es que los míos se porten mal pero ya he escuchado tanto esa frase que uno termina creyéndosela. Cría cuervos y te sacarán los ojos. Señor presidente, estas son mis últimas palabras: no quisiera

ofenderlo, pero si quisiera demostrarle cómo me siento. Hace unos meses fuimos a Santiago a meter boche, y conocimos a un negrito, era chileno, le digo para que no se me ponga xenófobo; él me dijo que nos iba a ayudar, era un actor y usted sabe que dicen que los artistas son medios comunistas, revolucionarios como le dicen. Dijo que se iba a dejar caer un día en la caleta, yo pensaba que era un ángel el cholito, que había caído del cielo como san Pedro. Le confieso que lo esperé, así mismo, esperaré una respuesta de su parte, porque no puede ser que un gobierno gobierne para tan pocos. Siempre ha sido así pero las cosas tienen que cambiar algún día. Quizá no me toque verlo, espero que mis hijos y mis hijas sí.

Estaba terminando de escribir la carta, y cuando del lápiz brotó la frase “espero que mis hijos y mis hijas sí” no pudo más de la emoción y se subió a una silla. Se puso la soga al cuello y con sus pies la hizo caer quedando listo para el pijama de madera. Era el Corvina González.

Julio había estrechado lazos con él; lo visitaba casi todos los días, casi siempre tomaban vino, a veces, aunque muy pocas, aguardiente. Dicen que con los fuertes se le corre la teja, le dan ganas de irse mar adentro, una vez tuvieron que amarrarlo para que no se fuera. Gritaba como condenado. Así fue empeorando hasta que se quitó la vida.

Julio siempre había sido un hombre misterioso, nunca hablaba de su vida, era como estas personas que no tienen pasado, o prefieren suprimirlo para poder

seguir viviendo. Su presencia era incomoda al principio, luego también, pero de poco se fue adaptando, integrando que le llaman. Primero empezó a ir a la cancha los domingos. Los pescadores tenían un equipo, se llamaban los pupitres. Vaya a saber uno por qué se llamaban los pupitres, no eran muy buenos con el balón, pero se divertían, sobre todo cuando llegaba el tercer tiempo, lo más esperado, más que la pichanga incluso. En el “tercer tiempo” comenzó a idearse el plan para la rebelión de los pescadores. De las caletas del sur se originaría el alzamiento. Pero como todo en Chile, fue perdiendo fuerza, pensaron que no podrían con los peces grandes, y empezaron a asumir que el mar sería para siete familias, la pesca artesanal iría desapareciendo. Luego vino el incendio, el suicidio del Corvina González, el centro de operaciones hecho cenizas, el miedo fue creciendo, una suerte de atentado al movimiento fue lo primero que se pensó. ¿Por qué el principal sospechoso de incendiar su propia casa era Julio? De pronto empezaron a aparecer las evidencias y se fue consolidando la tesis que él había sido. Su negación fue total, sin embargo, en menos de lo que canta un gallo fue a dar tras las rejas. Las llamas terminaron con las dos casas del lado, ese fue uno de los cargos que se le atribuía a Julio: incendiar a sus vecinos. Con dos menos, la rebelión perdió sustento ideológico, Julio y el Corvina tenían conocimientos, eran los más letrados de la caleta, por eso se fueron haciendo tan yuntas. Al principio Julio era reacio a tener amistades, los encontraba ignorantes y con olor a pescado. Cuando empezó a ir al boliche, faltaba poco para que la ley entrara en curso, el Corvina ya se había comprado la Chalupa y estaba próximo a ir por su primera ronda de corvinas. Semanas después de la felicidad, y luego de vender sus primeras cien corvinas, vino el estallido, la crisis, el colapso nervioso.

El Loco Hugo y el Caretablón querían seguir su lucha social, creían que la organización no podía irse a pique por dos menos, el tema es que no confiaban en el Coloro, creían que podría transformarse en un soplón o un infiltrado. El Caretablón trataba de convencer al Loco Hugo de seguir con la arremetida. Viajaron a Santiago en un bus de dudosa calidad, Caretablón tuvo un sueño. El bus estaba lleno de agua, y como en un acuario, los peces hacían de las suyas, habían de todos colores, gordos, con espinas, incluso moluscos habían pegados en las ventanas. Los peces no iban a permitir que esta situación se desatara, eran los llamados a romper cadenas, los actores principales de la revolución. Ya no habían redes que los capturan, iban en su bus marino a pelearse con las autoridades, a gritar por sus derechos. Querían ser pescados sólo por los pescadores artesanales. Eso era parte del sueño. Sin embargo, desde el mundo onírico, surgieron las preguntas. ¿Querían los peces ser pescados? Da lo mismo si era un gran barco de las siete familias o un chalupón de pesca artesanal, nadie salvo un suicida preferiría morir machacado a palos. ¿Por qué los peces los apoyaban a ellos si igualmente eran sus verdugos? En los sueños todo es posible. El Loco Hugo nunca había demostrado conductas homosexuales, sin embargo, durante el sueño, que era bien distinto al que estaba teniendo su colega, comenzó a excitarse y con su mano tocó el sexo del Caretablón, este se puso duro y justo antes de eyacular, despertó. El acuario se derramó de un cornete que el Caretablón le puso al Loco Hugo por husmear en su intimidad. La revolución se iba cada vez más a la mierda: Julio preso, el Corvina muerto, el Coloro estaba fuera del motín por mula, la revolución no admite cuentos y por aquí todos cuentan

cuentos, y los que quedan a punto de matarse entre ellos por una actitud impropia para un machote pescador.

-Nunca pensé que fueras maricón.

-¿Cómo voy a ser maricón?

-Me estabas pajeando, infame, mi mujer es la única que puede meneármela.

-Estaba teniendo un sueño.

-Sueños le llaman ahora, tu inconsciente avisa que tienes problemas de identidad sexual. ¿Siempre andas soñando con picos?

-No sueño con picos, no se qué estaba soñando. Ahora no me vengas con cuentos, ¿Te gustó el meneíto? ¿Te gustó que te tocara? Te pusiste duro.

La conversación se estaba poniendo hostil cuando el bus se detuvo de golpe, sí, de golpe. Dos policías con perros suben a ver si algo anda fuera de norma. Sí, efectivamente algo descubren. El Caretablón había tenido la ocurrencia de llevar cincuenta gramos de marihuana para hacer unos morlacos y tratar de avivar la causa que iba cada vez peor.

Los hicieron bajar del bus, el Loco Hugo se echó la culpa. El Caretablón estaba con suspensión condicional, si decía que eran suyos, se lo llevaban de un ala al calabozo y quién sabe, terminaba haciéndole compañía a Julio. Quedaron los dos con suspensión condicional, otra piedra de tope para luchar por el mar. Su mar. ¿Por cuánto tiempo más?

Soy Hugo, el loco me dicen, venimos de Valdivia, Mancera para ser más específico. Aquí mi amigo, el Caretablón le decimos, gracias por escucharnos, por abrir sus oídos. Somos pescadores artesanales, y de ahora en adelante no vamos a poder entrar al mar, sólo los barcos de la industria tendrán acceso a la mar,

¿Qué haría usted si de la noche a la mañana le arrebatan su oficio? la vida misma es la que se te va. No es sólo un trabajo, son tus convicciones. Les queremos pedir apoyo... justo sube un cantante ambulante y se pone a cantar en la parte de adelante del transantiago. Luego un frenazo hace caer a músicos y pescadores, el Caretablón se pego en la cabeza, al Loco Hugo le caían las lágrimas. ¿Qué hago ahora con este hueón? En eso se le salió un grito. Corpesca y la reconchadetumadre. Mira lo que hiciste con mi amigo. Iván Fuentes, usaste a los pescadores para tener un cargo en el congreso, lame botas, vendido, financiaste tu escaño en el congreso con la plata de los enemigos, hipotecaste nuestros sueños. No se murió pero quedó atontado, bueno para nada.

Despertó en el hospital San José, ya habían pasado varios días. El loco Hugo lo fue a ver los primeros días y después se perdió. El Caretablón siguió unos días en la UTI, Julio precioso, el Corvina muerto, el coloro quién sabe, el Hugo ya no era tan loco, se encontró un trabajo de junior y parece que novia también halló. La revolución quedo archivada como una causa que se queda en fiscalía, archivada provisionalmente por falta de evidencias. ¿Qué más evidencias quieren?

Y de vez en cuando la noche

I

Deje de existir mucho antes de morir.

Pensaba que la felicidad me estaba esperando en el cielo. ¿En qué se reencarnarán los colores? Los colores nacen y mueren ¿Por qué no me he muerto todavía? ¿Qué me falta por hacer? Esperar es una cualidad que no habita en los hombres de acción. Nunca pude ser contemplativo, excepto ahora, estos últimos días donde todo pareciera extinguirse, menos yo. Escucho sus pasos desplazarse por el pasillo, se sienta, prende un cigarrillo, llama por teléfono, nada pareciera aquietar su espíritu. No ha venido a verme esta mañana, debe estar enojada conmigo porque quemé la cama que nos había regalado nuestra hija, y de pasada casi incendio la casa. No es mi culpa que no pueda dormir. Si pudiera cerrar los ojos por un rato y dejar que al menos un recuerdo antiguo se apodere de mi memoria, ella podría descansar.

Es imposible dejar de pensar en esa noche, el vestidito rojo, las escaleras. Sentí sus pasos aproximarse, en esa época, el apuro era algo lejano, como un cuerpo intocable. Mis ojos se mantuvieron toda la noche sobre los suyos, reservé esa mirada durante años, penetrante, quería mirar hasta el fondo de su humanidad. Su nerviosismo aumentaba el mío. La comida se enfriaba descaradamente. Había que hacer algo para romper la quietud. Hay veces que las palabras sobran pero es necesario hablar para darse cuenta. La pista de baile pedía a gritos nuestra presencia. Yo había convenido con los músicos un par de piezas italianas, esas piezas algo tristes pero bailables, esas que de sólo acordarme, convierten esta

cama en un salón, este cuerpo pisoteado por el tiempo en un cometa que todos quieren ver. ¿Cómo fue que lo arruinamos todo? Es extraño, queremos tenerlo todo bajo control, todo pero por otra parte, hablamos con tanto entusiasmo de la libertad, que parecíamos estar condenados a perderla o a quitarla. Libertad y control corren por veredas opuestas. En un principio éramos tan buenos comediantes, reíamos de cualquier cosa; una mancha en el pantalón o las palomas que me cagaron un traje blanco recién salido de la tienda. ¿Por qué cambiamos tanto? De niños somos suaves, flexibles, inocentes pero conforme pasa el tiempo nos volvemos irascibles, obstinados y crueles, al menos así fue como nos fuimos convirtiendo en los que somos ahora, imagino que otros deben conservar esos aspectos que nosotros fuimos perdiendo. Ella no me ha venido a ver porque sabe que estoy asustado y no quiere que me muera todavía. Un susto podría mandarme de una patada al cajón.

Siempre he pensado que no es bueno arrepentirse de lo que no hicimos, lo que perdemos o lo que ganamos está lejos de hacernos más felices o más desgraciados. Ella me tuvo a mí, yo la tuve a ella pero al mismo tiempo ninguno tuvo nada, fueron otras ropas las que vistieron la fachada, los accesorios de la mezquindad. A veces pienso que es tan fácil hacer feliz a alguien, pero hay que tener cuidado porque de un empujón puedes caer en el abismo de la desgracia. ¿Cómo se puede estar tan al margen de los sentimientos?

Después del baile, las tonadas italianas siguieron silbando en nuestras mentes, los músicos no fallaron, sonaron en el momento exacto, justo cuando las copas nos hacían alucinar.

Bebimos la embriagadora música venida en barco. Los músicos preferían los barcos, sobre todo los cruceros donde podían hacer un contrato que les asegurara un tiempo breve de prosperidad. Tocar durante el día con escasos descansos y seguir tocando por las noches hasta que las parejas se conformaran o fascinaran de esos tenues encantos combinados con esas baladas que busco hace casi un siglo. Fui un ávido lector, vibraba con la noche, los boliches, las tertulias, el cigarrillo. Parece que nací con un cigarrillo en la boca. De niño me la pasaba en la calle, no me gustaba ir a la escuela, me parecía que el aprendizaje estaba en otra parte. Me arrancaba todos los días, no toleraba las clases de religión, en esa época el estado ya se había separado de la iglesia, sin embargo, me atrevería a decir que esa escisión, aún no se produce realmente. Las calles determinaban mis días, me la pasaba todo el día callejeando y por las noches me imponía llegar tarde a la casa para no verle la cara a mis padres. Entraba calladito y me metía en la cama que compartía con mis hermanas. Nos levantaban a patadas de la cama y me preguntaban donde había estado todo el día. Eran tan rutinarias las mañanas, dejaba a mis hermanas en sus respectivas salas y me iba a la mía, me sentaba en el banco y me dormía. Luego del primer recreo me encaramaba en los muros y cruzaba la frontera que separaba el estancamiento de la libertad. Me encantaba aprender cosas pero tenía que descubrirlas por mi propia cuenta, el saber se revela donde uno menos lo espera. Nos entregaron la vida media deshecha y de tanto andar la fuimos arreglando pero cada reparación significaba perder algo, una fisura, una grieta en la pared. Me gustaba jugar a las bolitas, esa era una de las cosas que más me gustaba de la escuela, las comidas eran malas y en las clases me la pasaba durmiendo. Lo mío era la calle. En ese tiempo no había

tantos derrumbes como ahora, a lo más se venían abajo las creencias, pero ahora, el ruido de esas maquinarias no cesa. Voy a cumplir sesenta y siete años y me deben quedar sólo un par de días de vida.

II

Los días eran algo que yo podía recordar, no así las noches, el frío, los amores, las cantinas, la muerte. Todos los días despertaba con un vacío en la memoria. A veces me pregunto si me negaba a recordar o si el olvido era como una pastilla que había que tomar por las mañanas para seguir viviendo, mirar para adelante, abrir la puerta y esperar que una brisa te lleve lejos. Otras veces los recuerdos se vienen como una avalancha y no alcanzas a asimilar o comprobar cuán real pudo ser tal o cuál experiencia. Vivimos preguntándonos sobre el enigma que esconde nuestra existencia. ¿Cómo fue que se conjugaron los sucesos, los encuentros o las relaciones que perduran y que tiñen de amargura nuestro porvenir? ¿Por qué no podemos liberarnos, qué nos ata, seré yo quién la condeno a cuidarme? No quiero morir en sus brazos. Espero que ella siga viviendo y logre superar rápidamente mi pérdida. Hay tanto por hacer que, de solo pensarlo, me abrumba y reclamo un poco más de vida pero ya ha sido bastante. Mis hijos tendrán que continuar mis sueños, otra condena que posiblemente los haga desdichados. Fue mucho lo que desee de la vida, tal vez demasiado y por eso siempre anduve a patadas con ella. A veces pienso que el tiempo es una costra, una montaña de sentimientos, algo inabarcable. Queríamos dominar pero fuimos dominados y luchamos contra ellos. Durante años nos empobrecimos por su incapacidad de

equilibrar las cosas y más que dominar queríamos cambiar la historia de nuestro pueblo cada vez más oprimido.

Algunas veces me vi sorprendido por mi inteligencia, pero ahora que lo pienso fue una trampa que me puso la vida. En varias ocasiones esa –supuesta- inteligencia me jugó muy malas pasadas. De niño creía estar más despierto que el resto aunque en las clases me la pasara durmiendo. Los sueños que tenía mientras dormía eran la manifestación más clara de mi libertad. Despertaba lleno de ideas pero por sobre todo, con unas ganas irresistibles de escapar. En una de esas escapadas comencé a ver cosas que me transformaron la mirada.

III

Una mosca entró por la ventana que extrañamente amaneció abierta. Mi vida se ha ido reduciendo a un opaco duelo de bacterias, virus confrontado con tumores gelatinosos que en algún momento del día me hace retorcerme con dolores que me quitan gradualmente las ganas de vivir. Hace tiempo que dejé de vivir, si estuviera vivo saltaría sobre la cama y mataría a zapatazos a esta mosca maloliente que propaga sus zumbidos por estos escasos márgenes que me tienen prisionero, atado a recuerdos que no puedo ordenar porque son muchos y la escasa lucidez que tengo a ratos, la guardo para compartir con alguna visita y así, no parecer un viejo chalado que se está muriendo. No quiero decirle a ella que se haga cargo de este asunto porque no me cabe ninguna duda que puede llegar con un matamoscas de estos en spray y rociar indiscriminadamente esta cueva que día a día se va achicando hasta quedar convertida en mi ataúd. Echar humo se ha convertido en mi acción más frecuente pero se me acabaron los cigarrillos. Mi

hijo ha tratado de convencerme que fume estos pitos de marihuana pero me da miedo irme en una mala volada. Él dice que son mejores que la morfina o que el diclofenaco que me prohibió el médico y que está a punto de reventarme los riñones. Los médicos te hacen esclavos de estas pastillas, y ahora que lo pienso, son el alimento perfecto de mi enfermedad. El tumor se devora las pastillas y va creciendo sin límites por mi organismo hasta que un día inesperado me hará reventar como las olas sobre la arena.

No había pensado en lo bello que es el color de las cortinas, tal vez nunca las había visto mecerse con este viento que entra gracias a la ventana que misteriosamente amaneció abierta. Me he pasado toda la mañana contemplando la textura y el movimiento. Gracias al movimiento pude percibir mucho mejor el color. Pareciera que mi mente era más sensible a lo que podía escuchar que a lo que podía ver. Me la pasé mucho tiempo contemplando a las mujeres. Jamás les grité piropos, sólo las contemplaba. Todas tienen algo hermoso. Me encantaba acercarme a una mujer, sobre todo por las mañanas, cerca de un semáforo antes de atravesar la calle y esperar que su cabello se sacudiera dejando que esas partículas aromáticas se desplegaran sin pudor despertando mis instintos más remotos. Oler y escuchar me parecían sentidos más delicados que mirar ya que te permiten imaginar cosas que la visión te devela antes de tiempo. Es increíble cómo se han desarrollado los otros sentidos. Tengo la vista pero ya no la ocupo tanto, he aprendido a tocar las cosas, también he agudizado la intuición. Antes procuraba saberlo todo, en cambio ahora, me dedico a sentir las cosas, doy abrazos y dejo que me abracen.

¿En qué momento la vida dejó de transcurrir? Me empecé a sentir anormal, estaba incómodo con mi cuerpo, mi creatividad iba en franco deterioro. Ese último punto fue el que determinó mi decisión. No sé en qué momento la cosa se puso cuesta arriba.

Chile me despide con un frío infernal y si fuera por los Andes me quedaría aquí: es un castigo perpetuo. Estaba con mi segunda esposa viviendo un matrimonio cuya intensidad no lograba conmoverme. El amor verdadero, aún no se presentaba ante mí. Empecé a pensar en un viaje pero no sabía como decirle a ella que me iría, ni mucho menos que mi plan era perderme indefinidamente. Llegué a Iquique con unos buenos dólares en el bolsillo. Pensé en Argentina, Brasil, incluso Perú no era una mala idea. Iquique me sedujo con su vida bohemia clandestina, en esa época, la única alternativa era la diversión clandestina, la vida de toque a toque. ¿Quién dijo que no sería apasionante perderse una mañana clandestina, atávica de soledades y vacía de rumores? Días antes de emprender la retirada, recibí la inesperada llamada de mi esposa diciendo que tenía una cuantas semanas de embarazo, presentándose una nueva encrucijada en mi vida. Si había algo que no figuraba en mis planes, era tener otro hijo. Mi primera hija –la del primer matrimonio- me causaba serias complicaciones y como su mama no la quería lo suficiente, tuve que matricularla en el internado de niñas de Santiago. Nunca me perdonó por eso, pero ¿Qué otra cosa podría haber hecho? Estaba iniciando una nueva vida y ella, claramente seria un nuevo obstáculo para la felicidad de la familia recién constituida. Pese a ello, la iba a buscar todos los viernes y la llevaba conmigo a casa donde pasábamos el fin de semana.

Hay relaciones catastróficas, casi todas lo son. Unas más que otras, pero al final es lo mismo, todas se derrumban, antes, después, unos reconstruyen, otros se pierden en el polvo hasta que la llamita se apaga.

El último día pasó como un suspiro, encerrado en la pieza del hospital, no podía distinguir el paso de las horas, me daba miedo aproximarme a la ventana, descorrer las cortinas y ver que allá abajo había un mundo tan fragmentado que de tan sólo mirarlo podría agrietarme. Si miras un poco más te puedes dar cuenta que te están llamando, -arrójate- dicen con la mirada desvanecida y los brazos extendidos como estatuas de yeso antes de ser embaladas. No niego que me dieron ganas de volar, dejar que el aire penetre en mí. Extinguirme. Caer sobre las estatuas de yeso, ser embalado y que me lleven de vuelta a mi casa con jardín. Nunca he entendido por qué nos invade el miedo ante la libertad. Salte, ya no me quedaba otro camino que el dolor y la morfina. No tenía sentido... Salté y todo volvió a comenzar. Era de noche, nadie en las calles, sólo mi cuerpo, abandonándose una vez más.

La ciudad de los rumores

I

Se rumoreaba en las calles de la ciudad, ciudad perdida en lejanas tierras, calles mal olientes, arrugadas por el paso del tiempo, pero por sobre todo obscenas, como el cuerpo ese del que tanto se rumoreaba. La noche se había puesto del color de la malicia. Sergio fue a dar a esa casa por casualidad. El grupo de amigos de siempre había estado bebiendo en un pasaje del centro capitalino hasta que la borrachera hizo del dialogo una voz deforme que dejó de seducir sus oídos, y que a esas alturas de la noche, sólo deseaba desnudarse y desparramar su existencia sobre su cama, tal vez la única capaz de abrazar un cuerpo desolado. Durante toda la noche habían cruzado miradas con Laura y por un minuto pensó que no sería remoto creer que sus cuerpos se hundirían en la cama antes del alba. A esa hora de la noche los sentimientos se nutrían sobre todo de mezquindad y terminado el alcohol, se acabó la amistad. Las miradas ya no estaban.

La ciudad de los rumores no le iba hacer tan fácil el regreso a casa. Se puso a correr. No sabemos si lo venían persiguiendo, si quería escapar o sólo tenía urgencia, pero sus miradas hacia atrás, las luces que revotaban en su rostro encegueciendo su razón, no fueron impedimento para que sus delgadas piernas lo arrastraran a la casa de la familia Schuster.

-No finjas sonrojarte.

Su cuerpo se entumeció al oír esa voz andrógina que resonó por todo el salón.

-No me mires todavía.

La casa era tan grande que Sergio no sabía hacia dónde dirigir la mirada.

-Me venían persiguiendo y éste fue el único lugar que parecía abrirme sus puertas.

-Ventanas querrás decir. Mi marido se pondrá furioso cuando vea que rompieron los vidrios de la casa... Le gustaba mirar a través del velo de esas cortinas.

El miedo de Sergio creció lo suficiente para que sus piernas rompieran la quietud.

-¡No te muevas! Gritó la voz andrógina desde el tercer piso.

Esa voz fue como un mordisco, Sergio sintió unos dientes filudos incrustarse en su cuello. Con dificultad logró mover los ojos, quería ver si había sangre esparciéndose por las baldosas blancas del gran salón ¿Qué pasa? Se preguntaba ¿Por qué no logro ver la sangre que chorrea de mi cuello como una cascada si estos dientes me están devorando igual que la mirona de Laura horas antes? ¿Habrá sido imaginaria esa mirada, será ficticia esta mordedura que me aprieta, habrá sido inventada la persecución que me trajo hasta aquí?

Los tacos aguja comenzaron a deslizarse creando ecos que resonaban con fuerza en los tímpanos del invitado de piedra, piedra a punto de ser esculpida, tallada hasta la perfección de la desaparición. Cuando la cercanía de sus cuerpos fue inevitable, la presencia, porque hasta ahora sólo podía presentirla con su voz de escopeta apuntando sobre sus miembros. Sergio temía por su sexo, por su hombría que bien pudo haber demostrado si Laura no se hubiera esfumado, dejándolo solo en las puertas del infierno. La voz comenzó a tocarlo, la voz se hizo cuchillo, cincel, con el que delicadamente fue quitando los botones de su camisa.

-Si mi marido te ve aquí se puede armar la grande.

-¿Por qué no me deja ir entonces?

-Mi marido no va a llegar todavía. Subamos a mi pieza.

-Prefiero irme a casa.

-Da lo mismo lo que tú quieras, estás en mi casa, entraste como un ladrón, así que harás lo que yo te diga o te llevo a la policía... Confía en mí lindo, todo va estar bien.

Sergio estaba próximo a perder el equilibrio cuando la figura obscena se puso frente a sus ojos casi tocándole el alma con su mirada penetrante. Él siempre estuvo a pasos de la realidad, nunca dentro de ella, pero esta vez el filo de la navaja había decidido cortarlo todo.

Me prometes el cielo pero no eres capaz de venir a buscarme al infierno. ¿Dónde están los amigos cuando uno más los necesita? Estoy mareado, debe ser por la mordedura, la pérdida de sangre, porque el señor o la señora Schuster está durmiendo a mi lado. Apenas desperté pude percibir su presencia, sus pies jugueteando con los míos allá en el fondo de la cama blanca, blanca como las baldosas manchadas con sangre del salón. Está de espaldas a mí, y no me atrevo a tocarle el hombro para girarla, quisiera que fuera Laura y sin temor incrustaría mi cuerpo en el suyo pero a la figura obscena no me atrevo ni a rozarla.

El cerebro de Sergio no recibía órdenes cuando el señor o la señora Schuster se empezó a mover, la criatura comenzó a estirarse como las guaguas cuando despiertan y se ponen a llorar de felicidad como un rito de agradecimiento por la vida que han tomado prestada.

-Buenos días Sergito.

¿Cómo sabe mi nombre? Sólo conozco su apellido porque mucho se rumoreaba en el pueblo -que ahora es ciudad- sobre esta familia, pero eran sólo rumores porque nadie había entrado nunca en esta casa. Siempre consideré una virtud que

mi cerebro no recibiera órdenes de nadie pero que ahora no escuche cuando le ruego que dé una señal a mis piernas, a mis brazos, para que me saquen de esta cama y me alejen para siempre de esta figura obscena que me tiene prisionero bajo un amargo presentimiento que lo inunda todo. ¿Qué pasó anoche? Sólo recuerdo su mirada penetrándome y la mordedura que pareciera no termina todavía y se hace cada vez más profunda con el sonido de la puerta de calle que se abre desde afuera; pasos, pasos de hombre subiendo las escaleras, pasos recorriendo lentamente los pasillos como si se encontrara en un museo: algo llama su atención. Se detiene, detiene su mirada y su respiración, abre la puerta de la pieza contigua, entra, escudriña con la mirada, le inquieta ver la cama vacía, ya que generalmente a esa hora, la obscenidad duerme tendida sobre las silenciosas sábanas que acogían su cuerpo en medio de esa tormenta que era su vida: hombre de día, mujer por la noche. El hombre dejó caer cada prenda de su elegante traje oscuro. Sergio escuchó cómo el agua se deslizaba por su cuerpo justo cuando la mano del señor o la señora Schuster se inclinaba ferozmente sobre su existencia desorbitada.

-¿No cree que es hora que me vaya? Le dije justo cuando su mano se acercaba a mi sexo, sexo sin sexualidad, sexo muerto, nauseabundo.

-Mi marido trabaja por las noches. Todos los días regresa a esta misma hora, se da un baño y se hunde en la cama que yo tengo temperada para recibirlo y darle lo que él me pida. Hay días que lo dejo solo para que me extrañe, para que se dé cuenta cuánto me necesita.

-Mis ganas de salir corriendo eran devoradas una y otra vez.

II

La familia Schuster había comprado los terrenos a viejos campesinos que cedieron ante la idea de vivir en altura, creían que podían dejar pastando las vacas en las azoteas de los edificios o que sería posible meter a las cabras y a los corderos dentro del ascensor y no vendieron, regalaron la tierra que ahora es cemento, cementerio de cadáveres vivientes que deambulan entre la clandestinidad y el deseo de reconstruir el pasado mirando desde la ventana.

Durante las mañanas, Valentina Schuster, cultivaba su gusto por el decorado. Velaba para que cada detalle de los cinco pisos de la casa ubicada en la avenida Schuster, conservara intacta su delicada atmósfera que esconde entre las cortinas –texturas de refinados encantamientos- su ominosa voluptuosidad.

Seguí clavado en la cama con la sensación de estar atrasado, de tener que salir corriendo a mi trabajo para no despertar los comentarios mal intencionados de mis compañeros, rumores que estoy arreglado con mi jefe para hacer lo que se me dá la gana. Miré si en algún lugar de la habitación se encontraba mi ropa, mirar era lo único que tenía permitido ya que mi cuerpo yacía dormido en la cama, estaba desnudo y todo rebelde, desatendiendo cualquier orden que emanara de su interior ¡Por fin un movimiento! Logré deslizar una de mis piernas para apoyar los pies en el piso parquet vitrificado que tornaba cálido el suelo de la habitación, cuando unas manos se apoyaron con fuerza sobre mis hombros. Apenas sentí esas manos me di cuenta de inmediato que eran otras manos, otras huellas dactilares, otras membranas, las que generaban el nuevo estancamiento de mi cuerpo. La puerta se abrió lenta pero sonoramente como queriendo decir algo antes de dejarme ver qué es lo que se presentaría después de su movimiento. Lo

único que los diferenciaba eran sus manos. Su voz, su tamaño, su ambigüedad, su mirada que ahora parecía multiplicarse oblicuamente sobre mi cansancio. Ahora sí que me sentía sentenciado, como un condenado a muerte antes del golpe de electricidad. Sus manos se escaparon de mis hombros para cegar mis ojos, un pañuelo color piel se acercó y cubrió casi todo mi rostro. Ya no se trataba de un simple mareo como ese que conocí el tiempo anterior, el estado que recubría mis células, mis neuronas, mis órganos, me acercaba al estado más vulnerable de todos: la locura. Cuatro manos se abalanzaron sobre mí, recordé “La lección de anatomía” de Rembrandt.

¿Cómo puede ser que un marido y su mujer sólo se diferencien en la composición de sus manos? ¿Por qué no son las manos de Laura las que bucean por mi cuerpo, las que se ahogan dentro de mi ser? Aún no siento el corte pero pareciera que me fueran a abrir, a sacar la piel para convertirme en un objeto frágil y dependiente de sus cuidados, como el hijo que no pudieron darse mutuamente, es probable para no seguir deformando la especie, pero sobre todo, para que no se rumoreara que en la casa de la familia Schuster pasaban cosas raras. Me pusieron unos pañales y comenzaron a darme palmaditas en el traste.

-Está llorando la guagua.

-Hazla callar que después se acostumbra y va a reclamar por todo.

-¿Qué sabes tú sobre cosas de guaguas? Se callan cuando sienten la presencia de la madre.

-Yo soy la madre... no empieces con tus prejuicios heteronormados.

-No, soy yo.

-Tú eres el padre, la madre soy yo.

-Tú eres la madre cuando yo estoy en el trabajo, pero cuando regreso, la madre soy yo.

-Dale teta si te sientes tan madre para tus cosas.

Veía desde la oscuridad que apretaba mis ojos a estas dos bestias enfrentadas en un duelo a muerte por definir quién debía darme teta.

Para un niño podía resultar muy atractivo tener cinco pisos, donde podría jugar sin límites espaciales que pudieran estrechar su creatividad. ¿Qué era peor? ¿Pensar que tenía que volver a mi escritorio, pasar ocho horas sentado mirando mi computadora cómo si fuese el único objeto que me estaba permitido apreciar o disfrutar de estos cinco pisos de libertad restringida siendo el hijo prodigo de la familia Schuster?

-No puedes salir a jugar a la calle, los niños son muy malos y de puro envidiosos que son, te pueden hacer cosas malas. Eres un niño lindo y con lo fea que ha salido la gente en este pueblo, te pueden hacer daño, de eso estoy segura.

-Quiero teta, papá. Exclamó Sergito como pidiendo que de esas tetas irreales saliera un trago bien fuerte, ojalá el más fuerte de los whiskys que lo hiciera despertar de esta pesadilla. Quería quedarse dormido lo más borracho que fuera posible para que tuvieran que llevarlo a la clínica de urgencia, soñaba con despertar en una sala blanca, como quién despierta luego de estar en coma, y pedirle por favor al médico de turno que le repusiera su facultad de enviar señales al cerebro.

Desperté en medio de la cama de los Schuster enfrentado a dos respiraciones que no se alcanzaban a fundir porque mi presencia se lo impedía, dejándome a mí

como una pared, como una muralla que divide dos ideologías, como un límite fronterizo que separa dos países en guerra.

Fue la noche más larga de mi vida, la noche más fría, pese al calor que emanaba de esos dos cuerpos groseramente desnudos.

III

¿Qué fue de esa voz atesorada por las paredes del gran salón que resonaban como el cantar de un fantasma venido del paraíso?

El único refugio posible dentro de los límites que proponía la amplia habitación blanca, fue un cúmulo de imágenes que deambulaban en sucesión ininterrumpida por las paredes de su memoria. El mundo se hacía añicos, inundando de trizas la ventana del tiempo. Ahogado en este mar de cenizas, Sergio, Sergito, tuvo un presentimiento; un sentimiento que no se atrevía a devorarlo. Algo lo obligaba a permanecer con vida. Se encontraba en el epicentro de la nostalgia, perdido en sus ensoñaciones de infancia porque sus padres adoptivos lo devolvieron a los cuatro años. La puerta se abrió con una torta de cumpleaños sostenida sobre las manos de uno de los Schuster. La oscuridad de la noche se iluminó con las cinco velitas que se erguían sobre la crema y el chocolate.

-Una selva negra para el niño que hoy cumple cinco añitos y que en pocos días más depositaremos sobre el suelo del colegio para que le enseñen a vivir y ser civilizado, para que cuando sea grande nos llene de alegrías con sus logros y triunfos.

-Que pida tres deseos.

-¡No! Que pida muchos más, no seas mezquino con los deseos, no ves que es lo único que alimenta la ilusión; pida todos los que quiera mijito lindo.

¿Cómo podríamos llamar a los deseos que habitaron el tiempo pasado, deseos que nunca llegaron a concretarse, quedando suspendidos en la esfera del olvido hasta desaparecer como el día cuando se confunde con la noche?

Pasado cierto tiempo, percibimos que tarde hemos aprendido, la experiencia nunca es la misma, aprendemos que nada es para siempre y que siempre jamás ha sido nunca ¿Podría nunca ser siempre? ¿Sería mejor decir que nada es para nunca o que siempre es para nada?

IV

En los pasillos del colegio –uno de los mejores de la ciudad- se rumoreaba que Sergio tenía una relación oculta con su profesora de lenguaje y comunicación, quien conservaba intacta su mirada, la mirada de esa noche, esa noche cuando todo cambió. Laura mantenía la mirada fija en un punto que se desplazaba por los bancos de la sala buscando un consejo, un poco de valor para dejar a sus padres adoptivos, esperar el recreo, saltar el muro y desaparecer por un buen tiempo de la ciudad que antes era pueblo y en lugar murallas tenía cercos, cerquitos, carretas, carretones, caballos. Esa idea –irse en caballo, atravesar las selvas, hacer el amor con Laura- lo seducía por sobre todos los lujos que lo acechaban a la salida del colegio cuando su mama-papa, que lo esperaba escondida en un auto de lujo que aguardaba a metros de la puerta de entrada y de salida de ese antro del saber. Esa idea, ese deseo, que por lo demás, no tenía cómo cumplir, ya que hace años, los caballos habían desaparecido de la ciudad.

Cuando uno se va de la casa, pareciera que es ella quien se aleja, dejando a la deriva el tiempo que alguna vez recorrimos, registro borroso, apenas un bosquejo de los acontecimientos, un recuerdo mezquino de la experiencia.

Después que saltamos la muralla, pude ver sus ojos, justo antes que su cuerpo cayera desparramándose sobre el mío, fue el primer acercamiento después de un siglo. Sus ojos eran como una enciclopedia de símbolos. El cemento estaba caliente, el piso era duro y se prolongaba por las grandes avenidas de la ciudad de los rumores.